

2 cuentos de Víctor Montoya

Masacre minera

La Noche de San Juan, las nubes encapotaron el resplandor de la luna y los vientos soplaron con furor incontenible. En las calles, donde la luz se desvanecía como en las galerías de la mina, se encendieron las fogatas haciendo crepitar las piedras; en tanto Juan, el dirigente minero, acabó de acostar a cinco de sus hijos en una misma cama. Apagó la vela con los dedos y se tendió de espaldas junto a su mujer.

Juan se mantuvo en vigilia durante la noche, escuchando la risa de las mujeres y las voces de los obreros que bebían largos tragos de aguardiente. Cavilaba en la posibilidad de que el ejército, amparado por la oscuridad, cercara el campamento minero. Y, en efecto, poco antes de despuntar el alba, las bocas de los fusiles, más largas que las bayonetas, estaban a punto de incendiar la atmósfera con vómitos de fuego.

Cuando las fogatas comenzaron a languidecer y los borrachos a dormir, ráfagas intermitentes hicieron florecer carnes entre alaridos que se oían en todas partes. Las calles eran teñidas con sangre y niños aterrados se escondían detrás de las puertas, acosados por balas que aparecían y desaparecían como luciérnagas en la noche.

Juan, deslumbrado por los tiros de artillería, concibió la idea de correr al sindicato a tocar la sirena y convocar a la huelga. Se vistió a tuestas, abrió la puerta por donde entró un aire glacial a golpes y a sus espaldas alguien estalló en sollozos. Pero él, sin volver la mirada, salió a la calle, subió el cuello de su chaqueta de cuero negro y avanzó adosado a la pared.

En una de las calles, donde los bazucazos hacían volar puertas y ventanas, una mujer plañía su dolor junto al cadáver de su marido.

El dirigente minero, sintiendo el latido de su corazón cerca a la boca y los látigos del viento en la cara, siguió ganando la distancia, esquivando los bultos que se desangraban en el suelo.

En una acera cubierta de grava, muy cerca del rescoldo menguante de una fogata, vio desplomarse a un niño sobre un hervidero de balas y, en la acera de enfrente, a una mujer que yacía con el vientre destrozado, en medio de un círculo de sangre que crecía debajo de sus polleras.

Al llegar a la sede sindical, empujó la puerta con el hombro y corrió por las gradas en dirección a la sirena. En el rostro tenía una expresión de pavor y en la boca contenía un aliento a coca y mal de mina.

La sirena llenó el campamento minero con sonidos fúnebres. Juan descendió las gradas apoyándose en la baranda, mas a punto de alcanzar la puerta, los ojos se le agigantaron frente al brillo de las bayonetas, parecidas estalagmitas bajo el color sonrosado de la aurora.

Un capitán, adelantándose al piquete de soldados fuertemente armados, puso el frío metal del revólver entre los ojos de Juan y de un tiro le partió la cabeza. La víctima cayó dando tumbos y los reclutas le calaron bayonetas en la carne, de cuyas heridas fluyó la sangre a borbotones y corrió en cascadas por la calle.

La muerte de Carmelo

Cuando Carmelo despertó de su sueño, tenía las manos crispadas sobre el pecho y la cara partida por una luz oblicua que se filtraba por el techo. En derredor no se oían más ruidos que su leve exhalación y el bullir de una acequia monocorde que cruzaba por la puerta.

Se restregó los ojos y recostó la cabeza en el borde de la cama, afianzando el hombro en la pared. Clavó la mirada en un punto fijo del cielo raso y, por un instante, evocó los recuerdos del pasado: la sonora carcajada de su infancia, la belleza de la mujer amada y aquella tarde de incendiada atmósfera que habló en el paraninfo universitario, con una voz que podía dominar el rugido de la tempestad.

En la calle, donde el sol caía a plomo, despidiendo un aire metálico y sofocante, sintió que seis hombres ataviados de negro se le aproximaban por la espalda, y él, sin pensar dos veces, desenfundó el revólver y lo descargó en el cuerpo que estaba más cerca de sus ojos. Luego giró con vértigo y se escabulló con la ligereza de un pájaro, escuchando cada vez menos el jadeo de sus perseguidores que corrían como una recua de asnos.

Desde aquel día en que el ocaso se tiñó de sangre fría, Carmelo

pasaba encerrado en un cuarto de mampuesto, sin otro oficio que pulir el revólver, hasta dejarlo con su limpio fulgor.

Cierta mañana, apenas el sol rasgó la niebla matutina, sintió una extraña sensación en su interior. Irguió su tronco para incorporarse de golpe. Desnudo tomó el desayuno y desnudo se acercó a la ventanilla, por donde penetraban sables dorados de día y sables argentados de noche. Se puso sus botas destalonadas y sus ropas sucias y raídas. Cargó balas al tambor del revólver, reclinó la frente contra el durmiente de la ventanilla y contempló el espacio abierto entre los cerros de picos nevados. Cuando entornó los ojos, como cansados por la vigilia, un destacamento de fuerzas combinadas rodeaba la casa a hurtadillas, saltando por encima del poyo que había en el muro del patio.

No transcurrió mucho tiempo. La turba confusa de hombres abrió fuego desde todos los ángulos, partiendo el aire sereno y transparente, entre tanto Carmelo alcanzó a abrir los ojos ante el primer impacto de bala y a defenderse denodadamente de la muerte. Poco después se le encasquilló el revólver y sobre su cabeza cruzó una ráfaga de ametralladora que taladró las paredes, arrojando puñados de tierra por doquier.

Una voz, que dominaba a las demás, apagó las llamas que volaban fugazmente, y Carmelo, quien hasta entonces luchó como héroe para luego morir como mártir, decidió entregarse a sus captores con la mecha encendida de una granada que llevaba junto al pecho.

Salió al patio con el mismo estrépito que se abrió la puerta, completamente tiznado por la pólvora, la camisa hecha jirones y los hombros descubiertos. Y, a poco de contemplar a sus captores que iban a detenerlo de golpe, una explosión de tierra y fuego los separó lejos uno de otro, dejando sólo una nube blanquecina allí, donde los cuerpos se juntaron bajo el manto azul del cielo que fue teñido por la sangre.

Víctor Montoya. La Paz, 1958.
Escritor y educador. Miembro de la
Asociación de Escritores Suecos.
Radical en Estocolmo desde 1977.

